

TELE VISION

Llegó a su departamento y pensó que esa tarde no le deparaba nada fuera de lo ordinario. Sentado en una mecedora localizó en el periódico la programación de los canales de televisión. Lápiz en mano formuló la lista de programas a ver esa tarde, dudó al escoger entre el box y el futbol, desechó los noticiarios y agregó los dibujos animados. Con los ojos entrecerrados proyectó en la concavidad de los párpados la imaginaria secuencia de la sesión e hizo aún algunos cambios antes de acudir al llamado a comer de su tía.

La hora de la comida se deslizó con la misma rapidez que la sopa en su boca. Antes de ponerse en pie y caminar a la sala le dedicó a su compañera de mesa una mirada condescendiente. Ella no levantó la vista de la cuchara con sopa entretenida en sorberla con corrección.

En la sala lo primero que hizo fue prender el televisor. No le gustaba el color nogal obscuro del mueble, él habría preferido un verde metálico, pero ella había insistido en comprar el de ese tono opaco. Corrió las cortinas para eliminar el exceso de claridad. Mientras el zumbido del aparato crecía rodeándole colocó cojines en ambos lados del sofá y acercó un cenicero. Se movía con agilidad para adelantarse a la aparición de la imagen en la pantalla. Al fin estuvo debidamente instalado y con un movimiento pesado puso los pies encima de un taburete. El gris sombrío del cinescopio sin luz le reflejó, encerrado en círculos concéntricos, su figura sentada en medio de los objetos del cuarto.

Cada día la imagen tardaba más tiempo en mostrarse y esta vez la demora le pareció mayor y la aprovechó para maldecir a la vieja por no haber comprado un modelo más moderno. Estuvo a punto de pararse a sacudir el aparato, pero en ese momento una luz azulosa llenó el cuadro de vidrio y jaladas por su impaciencia aparecieron algunas figuras. Se acomodó y prestó atención a la escena de dibujos animados que entre parpadeos y temblores se desarrollaba: un gato maullaba bajo una gran luna y recibía una lluvia de zapatos que le eran lanzados desde las ventanas de los vecinos enfurecidos. Ese felino siempre salía bien librado de infinitud de peripe-

José Antonio Aguilar Narváez / Facultad de Filosofía y Letras *

cias por lo que cuando lo vio desaparecer bajo un cúmulo de botines él se alegró y congratuló: la tarde prometía ser agradable. Se sucedieron a continuación los comerciales, chicas sonrientes mostrando entre las manos latas, cepillos de dientes, diferentes cajetillas de cigarros... Notó la inclusión de un anuncio nuevo. Aunque éste pasó rápidamente pudo ver al lado de una mesa cubierta de platos y botellas a una muchacha en actitud de decir algo. Simultáneamente lo invadió una también pasajera sensación de apetito la que desapareció cuando volvieron los anuncios acostumbrados.

La escena en la pantalla cambió a dos púgiles que se movían ágilmente encima del cuadrilátero. Se preparó para seguir con interés el desarrollo del encuentro. Sin poderlo precisar percibió que había algo distinto a lo normal en esa pelea. Cuando intentaba determinar qué era ello introdujeron los anuncios. Se removió incómodo en su asiento. El nuevo comercial se introdujo de repente: la joven hablaba con voz agradable. Describía las bondades de cada uno de los platillos vistosamente distribuidos encima de un mantel de cuadros blancos y oscuros. La cámara de televisión contribuía con sus giros lentos a realzar los sabrosos aderezos de los manjares. Casi podía olerlos. La sensación de apetito se instaló en su estómago. Otra vez los boxeadores en el ring eran coreados en sus movimientos con silbidos y gritos de los espectadores. Una burbuja de vacío crecía dentro de su abdomen. Experimentó una débil tentación de dirigirse a la cocina y prepararse un sandwich, pero no reunió las suficientes energías para hacerlo. Al observar con atención pudo percatarse de lo que inicialmente le había extrañado en el match de boxeo. Era la conducta de los dos hombres. Se les veía frente a frente pero no se golpeaban. Competían por errar los puñetazos que se perdían en el aire. Cada embestida fallida era festejada estruendosamente por el público. La campana anunció la terminación del round y de nuevo la chica inició con dulzura a pregonar los notables deleites que proporcionaba el comer alguna de aquellas carnes condimentadas con las especies de la marca de mayor tradición. El hambre subió a

* Del Taller de Cuento.